



Los Estados Unidos podían haber mediatizado a Egipto cuando éste pidió ayuda para la construcción de la presa de Assuan. Le fue negado el dinero y los técnicos, y Nasser se volvió hacia la URSS, autora de esta obra de ingeniería que, a la larga, podrá modificar profundamente las condiciones de vida en Egipto.

para la construcción de la presa de Assuan. Le fue negado el dinero y los técnicos, y Nasser se volvió hacia la URSS, autora de esta obra de ingeniería que, a la larga, podrá modificar profundamente las condiciones de vida en Egipto. Ahora, la implantación soviética aparece consagrada en el tratado de El Cairo, y los órganos conservadores de los Estados Unidos —y de otros lugares del mundo— comienzan a acusar a Egipto de «estado vasallo», de «satélite» y, a pesar de su rápida conversión, con Sadat o sin él, en un país socialista.

La opinión que parece prevalecer en los Estados Unidos —la del grupo de poder, representado por la Casa Blanca— es la de que, dadas las circunstancias ya existentes, el enfrentamiento de cada situación debe hacerse directamente con la URSS y no con los países afectados, que no parecen más que piezas en un tablero más importante. El juego de los Estados Unidos y la URSS es de enfrentamiento-entendimiento mediante unos movimientos de carácter más militar que político —o con un juego político inspirado por la doctrina militar—. Mientras en las negociaciones de Viena, que, interrumpidas ahora, van a continuar en Helsinki, los dos países comienzan a negociar la posibilidad de limitar los instrumentos de agresión o defensa —las dos palabras se confunden ahora y han perdido su valor original— directos —es decir, de país a país—, en el Mediterráneo las dos flotas crecen. Es una rivalidad localizada, medida. Para los Estados Unidos, en este juego de enfrentamiento-entendimiento, es una garantía práctica el hecho de que la URSS no pierda el control de las armas y los Ejércitos en Egipto: es una garantía de que no va a haber ataques precipitados ni improvisados contra Israel. Como para la URSS es una garantía el hecho de que se mantenga el Plan Rogers de paz, aunque no tenga un resultado inmediato. Es la garantía de que Israel, a su vez, estará contenido.

En otras partes del mundo se ha podido ver la tendencia mutua a apagar incendios. En Ceilán, la revolución extremista ha sido contenida por la colaboración de todos (V. en este número el artículo de René Dumont, al regresar de Ceilán, páginas 23-25), aun a costa de considerables matanzas, como matanzas ha habido —y parece que no han cesado— en el Pakistán oriental, como resultado del intento de secesión bengalí. Ha sido muy interesante observar cómo China, enormemente interesada por estos movimientos por su relativa —o inmediata— proximidad, no solamente se ha abstenido de fomentar los focos revolucionaristas, sino que se ha colocado del lado de los poderes establecidos, junto a los Estados Unidos y la URSS, como si quisiera señalar su nueva posición aperturista y su nueva diplomacia de entendimiento. En este sentido, su último éxito ha sido el reconocimiento por parte de Austria, y sus lentos avances hacia un escaño en la ONU (U Thant ha asegurado que este año no será todavía el de la admisión de China; aunque probablemente esté en lo cierto, es preciso recordar que el secretario general de la ONU se ha distinguido más por su espíritu de sacrificio, su amplitud de miras, su verdadero internacionalismo, que por sus aciertos como profeta o solamente como político). Se pueda, con todo esto, suponer que China se encamina también hacia esta dominante de enfrentamiento-entendimiento, catastrófico desde el punto de vista de los revolucionarios, de los que Fanon llamaba «los malditos de la tierra», pero favorable desde el punto de vista del sostenimiento de la paz que favorece principalmente a las naciones desarrolladas o que están a punto de serlo.

La Capilla siXtina

LOS OBREROS DE LA CULTURA

El tema de la industria cultural catalana ha merecido la predilecta atención de las minorías bien y malpensantes del país. Mi amigo Serratell, ex profesor de la Universidad Literaria de Barcelona, ex profesor de la Universidad Autónoma, ex profesor del Instituto, ex redactor de tres enciclopedias, me escribe para clarificarme un tanto la situación industrial. Por lo que parece se avecinan malos tiempos para los productores culturales catalanes: la Gran Enciclopedia Catalana ha puesto en la calle a ciento cincuenta productores; otra gran enciclopedia, en este caso hispano-francesa, ya prepara el cese de otro centenar de productores culturales para el mes de julio. Las editoriales que han quebrado o han reducido su presupuesto han provocado un buen número de parados o subempleados. Todo el profesorado interino de institutos vive bajo la espada de Damocles de los expedientes ministeriales, contra sus recientes reivindicaciones. La Universidad fabrica cada año nuevas promociones de profesionales de la cultura y las empresas culturales, privadas o públicas, practican alternativamente la selección de las especies y el exterminio de los mutantes.

Hasta ahora, los obreros de la cultura habían conocido en Cataluña una cierta tranquilidad condicionada por el «bluff» editorial y por la esperanza mesiánica de la Ley de Educación. En el terreno de la realidad este equilibrio era meramente coyuntural. Se había pasado de la holandesa o folio pagada a 50 pesetas en 1963, a la pagada a 400 ó 450 en 1970; de la traducción del francés a 14 pesetas (1963), a la traducción a 65 (1971). Una coyuntura industrial de superproducción absorbió mano de obra y tuvo que transigir con el adementamiento de los salarios. Pero... para el «happy end» era coyuntural y, por motivos económicos o políticos, la patada en el trasero a los obreros de la cultura ha llegado o está a punto de llegar, sin que para darla nadie se haya preocupado ni siquiera de cambiarse de zapatos.

En algunos casos, la patada era de esperar, porque procedía del clásico tiburón industrial que ayer fabricaba chorizos y hoy fabricaba libros. En otros casos la patada ha podido sorprender más por venir de empresas de las que se había olvidado su naturaleza condicionante de empresas, sustituida por espejismos de beneficencia político-cultural. En el terreno del profesorado de institutos, la patada era, a todas luces, ilógica, en contradicción con el aparente espíritu utópico de la política edu-

cacional. Como en las novelas con moraleja política, me escribe Serratell, al final cada cual ha recuperado su rostro: los banqueros son los banqueros, los fabricantes de libros son fabricantes, el Estado es el poder y sólo aparece algo nuevo entre tantas cosas evidentes que no lo querían parecer: ha nacido un proletariado cultural desempleado o subempleado. La Universidad promete aumentar cuantitativamente este nuevo sector social, cada año, machaconamente, hasta formar una hipercritica, lúcida, clarificada, cuasi-famélica legión de testigos de las impotencias de los empresarios y el Estado para garantizar un paraíso neocapitalista.

—El problema —se lamenta Serratell, que en el fondo es casi tan conservador como yo— es que toda esta gente tan lista, tan crítica y tan desempleada van a constituir un auténtico volcán, cuyo estallido va a ser temible.

¿Estamos ante la posibilidad de una revolución de ex profesionales de la cultura sin profesión que ejercer?

En Estados Unidos, en Inglaterra, en Alemania, la reconversión de un profesor de Latín Medieval en vendedor de máquinas lavaplatos o de un redactor de diccionarios especialista en física cuántica en etiquetador de ropa interior de señora tiene una larga tradición y ha creado una aceptación cultural de que unos culturalizados nacen para pertenecer a la Escuela de Francfort y otros para vender electrodomésticos. Pero en España no hay ni Escuela de Francfort, ni suficientes aparatos electrodomésticos que vender. Tampoco es la nuestra una sociedad lo suficientemente rica como para becar a todos estos desempleados culturales, a fin y efecto de que inicien la ruta de Katmandu.

Ni juntando las becas March, Barrie de la Maza o Jaume Bofill se conseguirá paliar el pavoroso cuadro futuro.

—Sólo hay algo positivo en el asunto, amigo Cámara —añadía Serratell—. Por fin vais a dejar de envidiarlos los profesionales de la cultura madrileños. Os creáis que esto era jaula, «gauche divine», etcétera.

Mal de muchos, consuelo de tontos, he pensado yo, mientras consumía la porción de rodaja de mortadela que me tocaba hoy, fingiendo no notar las florescencias verdiblanco de la humedad sobre los topos de grasa. Ha sido entonces cuando he leído la última frase del liberal Serratell, realmente aterradora:

—Hasta a mí se me están hinchando las narices.

SIXTO CAMARA